EL TEATRO.
COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICO-DRAMÁTICAS.

AMOR Á PEDRADAS,

ZARZUELA

en un acto y en prosa

LETRA DE

DON SALVADOR M. GRANÉS

MÚSICA DE

DON MANUEL NIETO

MADRID
ALONSO GULLON, EDITOR.
Pez, 40, segundo.
1876.

AMOR Á PEDRADAS,

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA

LETRA DE

DON SALVADOR M. GRANÉS,

MÚSICA DE

D. MANUEL NIETO.

Representada por primera vez con estraordinario éxito en el Teatro ROMEA de Madrid, la noche del 10 de Mayo de 1875, y en el Teatro del PRADO el 6 de Agosto del mismo año.

MADRID:

IMPRENTA DE SERAFIN LANDABURU,

Plaza de los Carros, núm. 2.

1876.

PERSONAJES.	EN ROMEA.	EN EL PRADO.
CRISTINA.....	*Sra. García.* (A.)	*Srta. Cardó.*
ROSA..........	*Srta. Letre.*	» *Roca.*
SILVESTRE...	*Sr. Ballós.*	*Sr. García* (F.)
D. BERNÁRDO.	*Videgain.*	» *Diez.*
D. AMBROSIO..	*Pló.*	» *Corona.*

Época actual—La accion en Madrid.

ACTO UNICO.

Sala elegante, dos puertas en el foro, una en el centro, y otra á la izquierda; otra puerta en el lado izquierda; ventana ó balcon á la derecha; muebles lujosos. En primer término á la izquierda mesa de despacho, velador á la derecha, chimenea en el foro, estante al lado de la chimenea, una espada grande arrimada á la pared. Al levantarse el telon aparece Bernardo ocupado en escribir, y rodeado de libros y papeles. Durante la cancion de Silvestre, dá varias veces muestra de impaciencia como si le contrariase que le distraigan de su ocupacion.

ESCENA PRIMERA.

BERNARDO.

Música.

SILVESTRE cantando dentro.

SILV. Vecinita, vecinita,
sal al balcon;
mira que por tí palpita
mi corazon.
Es mi herida ya tan grave
que yo no sé
con qué bálsamo ó jarabe
la curaré.
De este pobre boticario
calma tú el cruel dolor,
que á su herida es necesario
el ungüento de tu amor.
Cuando en mi guitarra
hago *tipiti*,
es porque te digo
quiéreme tu à mi.

BERN. Este vecinito
ya me carga á mi,
todo el santo dia
se le pasa así.

Hablado.

¡Maldito vecino! Siempre rascando la guitarra! Cuatro veces he empezado á hacer esta liquidacion al son de la música, y nunca he podido concluirla! Y á las dos tenia que estar en la Bolsa! Pero dónde diablos habré yo puesto esas cuentas? (Se ha levantado y mira hácia la ventana.) Calle! ¿todavía está ese monigote asomado á la ventana de enfrente? Se me figura que no separa los ojos de mi balcon... (Busca en el estante.) A ver si las he puesto aqui... Nada, cuanta más prisa tiene uno, más despacio hay que andar.

ESCENA II.

BERNARDO, AMBROSIO con un gaban en el brazo.

AMB. Buenos dias, Bernardo.

BERN. Dispénsame, Ambrosio; me están esperando y... (Sigue buscando en el estante.)

AMB. Nada; por mi no desatiendas tus quehaceres. Vengo solo á recojer mi gaban.

BERN. Tú gaban?

AMB. Aqui tienes el tuyo, que equivocadamente cambié anoche con el mio.

BERN. Bien: Rosa se encargará de devolvértelo. (Toca un timbre que habrá sobre la mesa.)

AMB. Si, me hace falta, porque estoy convidado á una caceria de venados en los montes de Toledo, y alli hace un frio...Esta tarde salimos yo, y otros altos personajes de la situacion.

BERN. Dispénsame: soy contigo dentro de un minuto. (Vuelve á sentarse y á escribir.)

AMB. No te cuides de mi, y despacha tranquilamente tus asuntos.

ESCENA III.

DICHOS, ROSA.

ROSA. Ha llamado usted, señor?

AMB. Si, toma el gaban de tu amo que me llevé anoche cambiado, y tráeme el mio que estará por alli dentro.

ROSA. Bien decia yo que aquel gaban no era el de mi señor: voy á traérselo á usted.

AMB. Despacha, que estoy incomodando á tu amo.

BERN. No: con tal de que no me hables...

AMB. Asi, asi me gusta: trabaja, hijo, trabaja. Es tan bueno trabajar! Nadie puede decirlo con más razon que yo, que no hago absolutamente nada: porque mi destino de jefe de Seccion en la Direccion del Tesoro, es una verdadera canongía. Como las arcas están siempre vacias, toda mi ocupacion se reduce á mandar de vez en cuando quitarles las telarañas. Asi llega el último dia del mes, firmo la nómina, tomo mis dos mil quinientos del pico...y vamos viviendo. Chico, en España, no se puede ser empleado, mas que de treinta mil reales para arriba.

BERN. Por favor, Ambrosio!

AMB. Ah! tienes razon, si, ya me callo! *(Pasando cerca del balcon.)* Hola! Como nos observa aquel jóven de enfrente.

BERN. Todavía sigue ahí ese títere? Cierra el balcon, Ambrosio.

AMB. Ya estás servido. *(Lo hace.)*

ROSA. Aqui tiene usted su gaban.

AMB. Este es. Muchas gracias. *(Se lo pone. Dándolo una moneda.)* Toma para que te compres un vestido.

ROSA. Dos reales! Qué tacaño! *(Mirando la moneda.)*

BERN. *A Ambrosio que continúa registrándose los bolsi-*

llos del gaban.) Qué diablos buscas? Crees acaso que te hemos robado el pañuelo?

AMB. No, hombre; busco un papel que sin duda se me habrá perdido.

BERN. No será ningun billete de banco?

AMB. Es una carta...una carta referente á negocios...(Cáscaras! Si mi mujer supiese...) Ea, adios Bernardo. Voy á comprar una carabina Lafouché para la cacería. Antes de mi marcha vendré á despedirme de tí.

BERN. Pues hasta luego. (Levantándose.)

AMB. Adios, no te molestes. (Cáscaras! Si la carta hubiese caido en poder de mi esposa...) (Vase.)

BERN. (Mirando el reló.) Las dos y diez, y aun me faltan tres cuentas que saldar. (Sigue escribiendo.)

ESCENA IV.

CRISTINA, BERNARDO, luego ROSA.

CRIST. (Por el foro y muy agitada al ver á su esposo.) (Ahí está el mónstruo!) (Afectando tranquilidad y acercándose á él.) Todavía no has salido? Me alegro.

BERN. Ah! Eres tú, pichoncita mia? Tienes alguna cosa que decirme?

CRIST. Si, una cosa, pero muy grave.

BERN. Mal momento has elegido. Hace media hora que debia estar en la Bolsa...y...

CRIST. Pues que aguarde la Bolsa, porque lo que yo tengo que decirte es urgente.

BERN. Bien, habla; pero sé breve. Todo lo más cinco minutos. (Se levanta.)

CRIST. Supongo no habrás olvidado que por mis venas corre sangre árabe.

BERN. Ya lo creo. Como que has nacido en el riñon de Andalucía...

CRIST. No se trata de riñones: se trata de algo más alto.

BERN. Mas alto? Vamos, si; del estómago. Te ha vuelto el dolor?

CRIST. (Con tono melodramático.) Oye, Bernardo. Los de mi raza no olvidan jamás una injuria.

BERN. Por favor, esposa mia, que me están esperando en la Bolsa.

CRIST. Pues bien: sabe de una vez que he sido vilmente ultrajada!

BERN. Tú! Y ¿quién ha osado?...

CRIST. Eso es cuenta mia.

BERN. Hasta cierto punto...porque me parece que yo...

CRIST. Repito que es cuenta mia. Sin embargo, como deseo vengarme, necesito que préviamente tú me des carta blanca para hacer cuanto se me antoje, sin escrúpulo de conciencia.

BERN. Carta blanca? No comprendo...

CRIST. Mas claro: poder ámplio para disponer de mi voluntad, sin que nadie...ni aún tú mismo...

BERN. Cuerno!

CRIST. Pueda oponerse á mis acciones.

BERN. Cómo! ni aún yo?

CRIST. Si, ni aun tú.

BERN. (Caracoles! las dos y veinte!) Escucha: se trata de matar á alguien?

CRIST. No, hombre, por Dios!

BERN. Siendo asi, te doy... eso que tú dices... carta blanca...Pero, por Dios, y por todos los Santos, (Vuelve á sentarse y se dispone á escribir.) déjame concluir mi trabajo.

CRIST. Acaba, hijo, acaba el tuyo. Yo empiezo ahora el mio. (Se sienta enfrente de su marido y toma la pluma.)

BERN. Calle! tambien tú vás á escribir?

CRIST. Si tal.

BERN. Y ¿á quién?

CRIST. Principias ya con tus curiosidades?

BERN. Tienes razon; dispensa... *(Haciendo cálculos.)* Diez y nueve...seiscientos ochenta y cinco y medio...

CRIST. Caballero... (Escribiendo.)

CRIST. Ahora la firma. «Cristina.»

BERN. Uf! Ya acabé. (Cristina ha llamado en el timbre.

CRIST. Y yo tambien.

ROSA. Llamaba usted, señor?

CRIST. No, Rosa, he sido yo: lleva inmediatamente esta carta á su destino.

ROSA. Está bien, señora.

BERN. Trescientos veinte y cuatro, á cinco y medio...Diez y siete pesetas, y ochenta céntimos. *(Mira el reló.)* Las dos y media! Antes de las tres podré estar en la Bolsa. Dónde éstará mi sombrero? (Cojiéndole de sobre una butaca.) Ah! helo aqui! Adios, querida, adios. Pronto vuelvo. (Vase por el foro.)

ESCENA V.

CRISTINA, *luego* ROSA.

Ah! señor marido! Conque no tiene usted bastante con una mujer jóven, hacendosa, esclava de sus deberes? Conque no le satisface el afecto doméstico, sino que necesita usted para sus ratos de ocio una... Corina... (Mirando una carta.) una cualquiera que le escribe: «Hadorado mio» con *h*, y «Ben á berme» con *b*?..¡Ya te daré yo á tí la ortografía que te falta!

Música.

Yo soy una buena esposa
y mi esposo me es infiel;
yo le mimo cariñosa
y traidor me engaña él.
Si le escuece mi revancha,

le diré: «No grites, no:
»Si tú tienes manga ancha,
»no la tengo estrecha yo...»
Tú te metiste
fraile mosten;
tú lo quisiste
tú te lo ten.
(*Al público.*)
Ay! señoras: más veneno
tiene el hombre que un reptil.
No se encuentra un hombre bueno
ni buscado con candil.
Castigarlos es forzoso
con la pena del talion,
y al que luego esté furioso
darle por contestacion...
Tú te metiste
fraile mosten:
tú lo quisiste
tú te lo ten.

Hablado.

Si, señor marido: puesto que me has dado carta blanca, y tu conducta me autoriza, confórmate con tu suerte, hijo mio. (Al público.) Porque, aqui para entre nosotros, y por si ustedes lo ignoran, tambien tengo yo quien me escriba...Vaya! Y con mucho fuego.. con mucha pasion..y con muy buena ortografía. El jóven de enfrente, estudiante de tercer año de farmacia, me envia por el balcon sus declaraciones de amor liadas en una piedra. Hasta hoy mi única respuesta ha sido arrojarlas á la chimenea...pero en adelante ya será otra cosa. ¿Acaso mi marido no me ha dado carta blanca?

ROSA. Señora, señora!

CRIST. Qué ocurre? Habla!

ROSA. Ese caballero á quien llevé la carta de usted...

CRIST. Bien; qué?

ROSA. Que está ahí.

CRIST. Cómo! Tan pronto?

ROSA. Le dejo pasar?

CRIST. Si...si...es decir...Espera...Ahora que vá formalizándose el asunto, me encuentro con menos valor...Pero, bah! despues de todo, ¿qué mal hay en ello?

ROSA. Ninguno, señorita, al contrario.

CRIST. Y ¿además no me lo permite mi esposo?

ROSA. Ah! Pues si él lo permite...

CRIST. Que entre ese jóven.

ROSA. Pase usted adelante, caballero. (Desde la puerta Aparece Silvestre, y Rosa se retira..)

ESCENA VI.

SILVESTRE, CRISTINA.

Música.

SILV. (*En la puerta.*)
Yo soy el vecino
que la quiere ver.

CRIST. Beso á usted la mano.

SILV. A los piés de usted.
(Cáspita! qué guapa
es esta mujer!)

CRIST. Sírvase decirme
cual su objeto es.

SILV. Como usted habrá ya visto
por mi porte y por mi gracia,
soy un jóven guapo, listo,
y estudiante de farmacia.
Yo sé física y botánica,
ciencias médicas tal cual,
yo estudié la terapèutica,
y soy químico además.
Y aunque sé en lenguaje técnico
à un paciente recetar,
no he encontrado un específico
que el alivio dé á mi mal.
Yo no como, yo no duermo,
yo no espero curacion,
y es que tengo enfermo, enfermo,
enfermito el corazon.

CRIST. Siento muchísimo
su enfermedad,
más no soy médica
ni sé curar.
El específico
para su mal,
cualquier alópata
se lo dará.

SILV. Ay! no, señora,
cúreme usted.

CRIST. Dígame cómo.

SILV. Se lo diré.
Ponga usted su mano aqui.
(Tomándosela, y oprimiéndola contra su corazon.)
Ay! qué gusto qué me dá!
Siga usted asi...asi...
que me voy curando ya.

CRIST. Si el tener mí mano aqui
tanto gusto á usted le dá,
siga usted asi...asi...
que por fin se curará.

SILV. Estas cosquillas
este picor
que vá sintiendo
mi corazon;
síntoma es fijo
y precursor
de que la herida
se me cerró.

CRIST. Ya he descubierto
gracias á Dios,
que con mi mano
calmo el dolor.
Y desde ahora
á curar voy
á los enfermos
del corazon.

Hablado.

SILV. (Caramba! qué conmovido tengo todo el sistema! He debido traerme un *antiflojístico.*)

CRIST. Conque usted, segun veo, ha sido quien me ha escrito para?..

SILV. (Balbuceando.) Si señora, si: yo, Silvestre Flor de Linaza, he sido quien se ha dignado escribir á usted... y usted quien se ha atrevido á contestarme... (Besando una carta que habrá sacado.) Oh! Ah!

CRIST. Cómo! se está usted besando la mano?

SILV. Mi mano, señora? Su carta de usted es la que beso; esta carta que es el *sublimado corrosivo* de mi felicidad.

CRIST. Y á propósito caballero, ¿quién le ha dado á usted derecho para enviarme cartitas desde su balcon al mio?

SILV. Señora, creo que este medio es mucho más *tónico* que otro alguno...

CRIST. Y porqué envuelve sus cartas en piedras?

SILV. Porque los minerales son mudos, y puede confiárseles un secreto. No me gusta valerme para estos casos de los séres del reino animal...quiero decir, de los criados...

CRIST. Pues elige buen usted cartero.

SILV. Dónde hay agente más discreto que una piedra?

CRIST. Segun y conforme: podia usted haberme descalabrado, y entonces, adios la discrecion de su agente...Pero...en fin, ¿me esplicará usted el verdadero sentido de esa carta en que me habla con trasporte de su amor hácia una mujer *etèrea y volátil?* En qué pueden interesarme á mí sus amores de usted?

SILV. Qué en qué pueden interesarla? (Dramáticamente.) Y usted me lo pregunta? (Le coje la mano.)

CRIST. Caballero! (Desasiéndose.)

SILV. Pues bien: voy á hacer á usted el *análisis químico* de mi alma: voy á *destapar el frasco* de mis ilusiones. Yo habito el sotabanco de la casa de enfrente. Desde mi ventana, y atraido sin duda por el *fluido magnético*, fijé mi vista en este balcon, vi á usted bordando detrás de los cristales, y semejante á esas plantas balsámicas que despiden á larga distancia sus emanaciones, sus aromáticas esencias, infiltrándose en nuestro organismo...

CRIST. Basta...basta...Ignora usted que estoy casada?

SILV. Ay señora! lo sabía...sin querer saberlo... Desde mi ventana he visto aqui frecuentemente un *bípedo racional*...y á veces más de uno. Entonces me hice la reflexion siguiente: puesto que hay más de uno...

CRIST. Cómo! Acaso creyó usted que yo tenia más de un marido?

SILV. Dispense usted, señora; lo crei...sin querer creerlo.

CRIST. Basta! (No es feo, pero es tonto.)

SILV. Y como observé que ninguno de esos señores era un Adónis...

CRIST. Eh?

SILV. Continué diciéndome: si está casada, y su marido no es...pues...asi como yo...tan...

CRIST. Tan bonito como usted? no es eso?

SILV. Oh! No.....pero en fin.....comparativamente...

CRIST. Basta ya; creo adivinar cual es su objeto de usted...

SILV. Mi objeto, señora?

CRIST. Si, lo he adivinado. Su objeto de usted es..

SILV. (Cuál será mi objeto?)

CRIST. Volverse á su casa...

SILV. Tan pronto?

CRIST. Y esperar alli mis órdenes.

SILV. Bueno: (*Dirijiéndose á la puerta.*) Me encerraré en mi cuarto, y estaré alli en infusion, como un cocimiento de malvavisco.

CRIST. Vamos, dése usted prisa...Mi esposo puede llegar de un momento á otro...y...

SILV. Canastos! Y yo que me habia olvidado...

CRIST. Si le hallara á usted aqui...le mataria...

SILV. (Bárbaro!) Ya me voy, señora, ya me voy. (*Se dirije á la izquierda.*)

CRIST. Por ahí no...por ahí se vá á la cocina...

SILV. Ya...ya me acuerdo... (*Cambiando á la derecha.*)

CRIST. Tampoco es por ahí...Ese es el balcon...

SILV. Si acertaré con la salida... (Asustado, yendo de un lado á otro.)

CRIST. Por allí...la puerta del centro...(Foro.)

SILV. Ah! Sí!

CRIST. Pero olvida usted su sombrero?

SILV. Ah! señora...usted dispense...estoy tan sobreescitado...todas las moléculas de mi cuerpo se hallan en estado morboso...pero un atemperante me calmará. Afortunadamente por mi profesion de farmacéutico, conozco muy bien todos los simples.

CRIST. Yo los conoceré pronto, si sigo tratándole á usted. (Silvestre saluda. y al salir tropieza con la puerta.)

ESCENA VII.

CRISTINA.

Jesús, qué necio! qué tonto! y qué insípido!..Y sin embargo es preciso que me vengue...Por lo menos necesito dar un susto á mi marido. No ha de decirse que mientras él anda entretenido con una Cocina, no me entretengo yo con un Silvestre. Necesito un hombre...Silvestre ó cultivado me es igual. Ese jóven es tonto, y además de tonto un mándria á quien el solo nombre de mi marido ha helado de espanto. Se habrá ido? Creo que no...(Escuchando.) Cielos! mi esposo!

ESCENA VIII.

DICHA, BERNARDO, luego ROSA.

BERN. (Yendo á dejar unos papeles sobre la mesa.) Ea! al fin terminé mis negocios de Bolsa. He perdido en la liquidacion mil doscientos duros; pero al menos he pagado mi deuda. No puede decir otro tanto el gobierno.

(*A Cristina.*) Y ahora, querida esposa, que me he desahogado un poco, soy todo tuyo...Pero ¿qué es eso?..No me respondes?

CRIST. Qué he de decirte que tú no sepas ya? No te pedí hace una hora libertad completa para castigar á mi ofensor?

BERN. Si, pero...

CRIST. Pues ya he empezado á poner por obra mi venganza...

BERN. Supongo que no harás una niñada que nos dé que sentir. Demasiadas cosas tengo yo en mi cabeza (*Rascándosela.*) sin que tú vengas ahora á aumentar mis...

CRIST. Tranquilízate, hombre.

BERN. Ea! dime quién es el ofensor, y cual la ofensa. Si en efecto tienes que pedir cuentas á alguien, á mi me corresponde exigírselas.

CRIST. A tí?

BERN. Acaso no soy tu marido?

CRIST. Es que no siempre un marido puede castigar las ofensas hechas á su mujer.

BERN. Y ¿porqué no? Si es preciso me acordaré de que he servido en coraceros, y de que aun conservo la espada que esgrimí en cien combates.

CRIST. Pues bien: ya que asi lo deseas, véngame inmediatamente del bribon que ha recibido esta carta. (*Se la dá.*)

BERN. Una carta? A ver, á ver. (*Lee.*) «Adorado mio: te espero mañana á las tres, en la Plaza de la Leña...»

CRIST. (*Con retintin.*) De la leña!..Eso es lo que yo te daria,...leña. (*Ademan de pegar.*)

BERN. «Ven á verme, y recibe entre tanto el amoroso recuerdo de tu Corina.» Qué significa esto?

CRIST. Basta de farsa, caballero. No se haga usted el tonto, que se pone usted muy feo.

BERN. Puedes suponer ni por un momento que esta carta es para mi?

CRIST. No lo supongo: estoy segura de ello, puesto que la he encontrado en el bolsillo de tu gaban.

BERN. En el bolsillo de mi...?

CRIST. Casualmente di con ella cuando estaba colgado en la antesala.

BERN. ¿Y tambien casualmente me registraste los bolsillos?

CRIST. El caso es, que he dado con el cuerpo del delito...Me lo negará usted ahora? (*Le tira de una oreja.*)

BERN. Repito que es imposible que en mi gaban... (*Asaltado de un pensamiento.*) Ah!!!

CRIST. No hables...vás á mentir...

BERN. Dime; cuando cometiste esa indiscrecion, ¿fué esta mañana?

CRIST. Si. (*Bernardo se dirije á la mesa y llama en el timbre*) Qué haces?

BERN. Aguarda un momento y lo verás.

ROSA. Llamaba usted? (*Por el foro.*)

BERN. Ven aqui, Rosa. ¿De quién era el gaban que me trajiste antes de la antesala?

SOSA. Toma! ¿De quién habia de ser? de don Ambrosio.

CRIST. De nuestro amigo don Ambrosio Calleja?

BERN. Quién estuvo aqui esta mañana?

ROSA. Quién habia de estar? Don Ambrosio.

BERN. Y ¿cuál fué el objeto de su visita?

ROSA. Toma! Cuál habia de ser? traerle á usted su gaban, que tomó ayer equivocadamente. Yo misma lo cepillé!

BERN. Esta bien, Rosa, déjanos.

ESCENA IX.

BERNARDO, CRISTINA.

CRIST. Ah! (*Se deja caer sentada junto al velador.*)

BERN. Y ahora... debo castigar todavia, al bri-

bon del esposo que ha recibido esta carta.

CRIST. Dios mio! Qué es lo que he hecho?

BERN. Cómo! Qué! qué significa esa turbacion?

CRIST. Ay esposo mio! Cuando sepas...

BERN. Vamos; habla, que me aterran tantos preámbulos.

CRIST. (Levantándose.) Pues bien, ya que es preciso, lo sabrás todo. En frente de nosotros, en el sotabanco. vive un jóven estudiante de farmacia, que me habia escrito...

BERN. Canario! En dónde está mi espada? Le voy á abrir en canal.

CRIST. Yo, creyéndome ofendida, pospuesta á otra mujer, ultrajada...!

BERN. Qué? acaba! Yo sudo! (Pasándose la mano por la frente.)

CRIST. Le conteste diciéndole...

BERN. Cuerno!

CRIST. No, eso no; que viniera...

BERN. Horror!

CRIST. Aquella carta que estuve escribiendo ahí, en tu mesa...

BERN. Era para él?

CRIST. Si.

Música.

AMB. Maledíccion de Dio!

CRIST. (*Suplicante.*) Pietta!..Pietta!..

AMB. En dónde está mi espada?..
(*Yendo á tomarla.*) Te voy á degollar.

CRIST. (*Tratando de detenerle.*) Esposo mio, qué vás á hacer?

AMB. (*Adelantándose hasta el proscenio y blandiendo la espada.*)
Di sangüe un rio...
vá aqui á correr.

—

Yo la amaba con fé pura,
Yo en su afecto confiaba,
y la infame, la perjura

á traicion me la pegaba!

(A Cristina, con entonacion cómico dramática siempre creciente.)

Un tesoro de valor
que es mi honor, te confié.
Dí, qué has hecho de mi honor?..

CRIST.. *(Con la mayor naturalidad.)*
No sé donde lo guardé.

AMB. *(Con voz terrible.)* Dó está mi honor?
(Buscándole por el suelo.)

CRIST. Yo no lo sé.

AMB. *(Con desfallecimiento.)*
Cierto es, oh mengua!
mi deshonor!

(Deja caer la espada y oculta el rostro entre sus manos.)

CRIST. De mi ventura
nublóse el sol...
el sol! el sol! el sol!

(El último sol debe ser una nota aguda sostenida durante algun tiempo.)

AMB. (Al oir la última nota.) Sí?...Pues salga el sol por Antequera.
Me uní contigo,
fuí un atun;
mi nombre limpio
te di en Irun;
si lo manchastes
hoy poco aun...
Dale de betun! dale de betun! dale de betun!

—

CRIST. Bien dice el pobre
que es un atun
su nombre limpio
me dió en Irun.
Yo le he manchado
mas puedo aun
darle de betun, darle de betun, darle de betun.

Hablado.

BERN. Conqué le has escrito en mis barbas?

CRIST. Como me diste carta blanca, yo...

BERN. Pues me gusta la salida. Como si un marido pudiera dar carta blanca ni negra para...en fin, ese jóven...

CRIST. Ese jóven...ha venido hace un momento y...

BERN. Qué ha venido? Infame! Mi espada! Ah! ya la tengo! (La coje del suelo.)

CRIST. Escuso decirte que le he recibido muy mal. Es un tonto, y además un cobardon que, apenas le hablé de tí, huyó como alma que lleva el diablo; pero desgraciadamente tiene mi carta en su poder.

BERN. Es preciso rescatarla á cualquier precio. Ahora mismo voy...

CRIST. Por Dios, Bernardo, no vayas á tener un lance.

BERN. No, bien mirado es una imprudencia ir á pedírsela en su casa. No, no, mejor será...Siéntate y escribe.

CRIST. Escribir? El qué?

BERN. Lo que voy á dictarte.

CRIST. Cuando quieras.

BERN. «Querido amigo.» (Dictando.)

CRIST. Igo.

BERN. «Hace un momento estaba tan disgustada, tan nerviosa...»

CRIST. Osa.

BERN. «Que he recibido á usted muy mal.»

CRIST. Pero esto es para?..

BERN. Prosigue.

CRIST. «Muy mal.» (Escribiendo.)

BERN. Punto.

CRIST. Punto.

BERN. «Me arrepiento de semejante conducta.»

CRIST. Pero esto es demasiado.

BERN. Continúa. «Si no me guarda usted rencor, venga usted.»

CRIST. Usted.

BERN. «Apenas reciba...»

CRIST. Iba...

BERN. «Este billete.»

CRIST. Ete.

BERN. Cómo firmaste tu anterior?

CRIST. Con mi nombre.

BERN. Pues pon lo mismo.

CRIST. Yá está. *(Con rabia.)*

BERN. Ahora el sobre. ¿De qué medio nos valdremos para enviársela?

CRIST. Espera. *(Se levanta y coje una piedra de encima de la chimenea.)* Aqui está, quien vá á llevarla.

BERN. Una piedra?

CRIST. Si, por el balcon...

BERN. Perfectamente. El cartero no puede ser más barato.

CRIST. Su ventana está entornada. Me parece que él no está.

BERN. Ea, á la una...á las dos...á las tres...allá vá. *(Arroja la carta en la piedra. Ruido de cristales rotos.)*

SILV. *(Dentro.)* Ay!

BERN. He oido un grito. Ese jóven está en casa y debe haber recibido al cartero.

ESCENA X.

DICHOS, AMBROSIO, luego ROSA.

AMB. *(En traje de caza y con la carabina al hombro por el foro.)* Incomodo?

BERN. Al contrario: entra hombre.

CRIST. Adios, señor Calleja.

AMB. Estoy á sus piés, señora. Vengo á despedirme. Dentro de una hora partimos para la cacería. *(Bajo á Bernardo.)* Dime, por casualidad has encontrado en tu gaban un billetito perfumado?

BERN. Será tal vez este? *(Sacándole.)*

AMB. El mismo. Vaya un susto que he pasado!

CRIST. Cómo, señor don Ambrosio? Usted tambien recibe cartitas amorosas? Un hombre casado!

AMB. Por Dios, Señora! Qué no sepa nada Gertrudis, es lo más celosa...

BERN. Conque es celosa, eh? Y sabes, desgraciado, que tu maldita carta ha estado á punto de...

AMB. De qué?

BERN. Pero ahora que lo pienso...Si...Bravísimo! De este modo no tengo necesidad de presentarme en escena, y el desenlace será mucho más gracioso.

AMB. Cómo! Qué es eso de gracioso?

BERN. Señor don Ambrosio Calleja, es usted un viejo verde, y á usted le toca reparar los daños y perjuicios que ha ocasionado con su conducta.

AMB. Con mi conducta?

ROSA. Señora, ahí está. *(Se detiene al ver á los otros.)*

CRIST. Quién? Vamos...habla...

ROSA. Es que....*(Mirando á Bernardo y don Ambrosio.)*

BERN. Eh! qué misterios son esos?

CRIST. Acabarás?

ROSA. Pues bien, señora, ese jóven...

BERN. Está ahí? Brabo! Dile que pase, que la señora saldrá al momento. Y tú, Tenorio apolillado, sígueme.

AMB. Pero hombre...me están esperando...

BERN. Si es Corina la que espera, que espere sentada.

AMB. No, son mis compañeros de cacería...Mira, ya traigo la carabina que acabo de comprar.

BERN. Tómala, y yo mi espada...Tal vez pronto se necesiten...Ven, Cristina. *(Vanse los tres foro izquierda.)*

ESCENA XI.

ROSA, luego SILVESTRE.

ROSA. Entre usted, caballero, mi señora saldrá enseguida. *(Vase foro.)*

SILV. *(Con una venda sobre un ojo.)* Será cierto! Ella me llama? Y por el mismo agente... *(Enseñando la piedra.)* que he recibido en mitad del ojo izquierdo. Caramba! Y qué brazo tan muscular debe tener mi adorada! Pero no me quejo...al contrario. Así aprenderé á no engañar otra vez á mi pobre Corina, la única mujer que ha sabido aquilatar mis propiedades farmacéuticas! Y yo, ingrato, voy á propinarla la amarga píldora de la infidelidad! Y en qué ocasion! Cuando acababa de aumentar la dósis de su amor con un récipe de beneficios pidiendo un destino para mí á su tio el señor Calleja, que, segun ella dice, es un alto personaje de la situacion! Soy el más deletéreo, el más mefítico de los hombres! Cielos! Creo que se acerca. Los latidos de mi corazon me dicen que es ella! Ya oigo el leve rumor que producen sus diminutos piés. Ya se abre la puerta! Allí está! Ella es! *(Viendo entrar á Ambrosio.)* Canastos! un hombre! Si será el marido?

ESCENA XII.

DICHO, Y AMBROSIO.

AMB. *(Con el gaban abotonado.)* (Maldita la gracia que me hace esta comision!)

SILV. (No hay duda...es el marido...como si dijéramos el sinapismo doméstico. *(Ambrosio se cruza de brazos y mira á Silvestre.)* (Qué ojos me echa! Si pudiera volatilizarme!)

AMB. Tenga usted la bondad de tomar asiento. *(Con tono dulce.)*

SILV. (Es muy fino!) Mil gracias.

AMB. No ha oido usted que le he dicho que se siente? *(Dándole dos puñetazos en los hombros.)*

SILV. (Qué bárbaro! Creo que me ha fracturado una clavícula!)

AMB. Parece, caballerito, que desde su balcon al mio ha establecido usted una especie de telégrafo de nueva invencion para sostener con mi esposa una correspondencia criminal. No es asi?

SILV. Crea usted, caballero, que nunca se han encerrado los gases mefíticos de un mal pensamiento en la retorta de mi corazon. (Se levanta.)

AMB. Quietecito! Yo que soy filósofo considero el proceder de usted como la cosa más natural del mundo. Todos los dias se están repitiendo estas escenas. Un jóven atisba desde su balcon á la vecina de enfrente, sea bonita ó fea, el caso es matar el tiempo: la vé, y para llamar su atencion la arroja...lo primero que le viene á la mano...un ladrillo...Eso no tiene nada de particular.

SILV. (Creo que está algo caústico.) (Levantándose.) En ese caso puedo marcharme?

AMB. Todavía no, caballerito, todavía no. (Le obliga á sentarse.) Arrojar piedras al vecino es bien mirado, una diversion inocente. (Cambiando al tono colérico.) Pero esa diversion pierde toda su inocencia cuando las piedras ván envueltas en declaraciones amorosas. ¿Comprende usted ahora, señor mio?

SILV. Puedo jurarle que yo ignoraba...

AMB. No, si yo no me enfado: al contrario. La declaracion de usted es tan estúpida como su autor.

SILV. Ah! usted cree que...

AMB. Mi esposa me la enseñó en el acto, y ella y yo nos hemos reído de usted grandemente...

SILV. Tanta bondad...

AMB. Vaya un lance gracioso! Já! já! Pero como al salir usted de aquí, acometido de una cerotipia aguda, se le olvidó devolverla su billete...

SILV. Efectivamente. (*Se levanta.*) Y me ha llamado usted para eso?

AMB. Creía usted quizás que era para comprarle dulces?

SILV. No, no señor.

AMB. Ea, deme usted las dos cartas que le ha escrito mi esposa.

SILV. Aqui debo tenerlas. Si...tome usted. (*Dándole una.*)

AMB. Falta otra.

SILV. Qué! no están las dos? (*Registrándose.*) Si habré perdido la otra...No. Héla aqui. (*Le dá otra.*)

AMB. Perfectamente!

SILV. Me parece que ahora podré... (*Se dispone a salir.*)

AMB. Un momento, amiguito: antes quiero asegurarme de si en efecto...(*Mira una carta.*) «Cristina»...Eso es. (*La guarda.*) A ver esta otra. Calle! No parece la misma letra.

SILV. Nó? (*Palpándose los bolsillos.*)

AMB. Corina!

SILV. Aqui está, aqui está la otra. (*Le dá otra carta que Ambrosio se guarda y continúa leyendo la anterior.*) Ha sido un error! Devuélvame usted esa.

AMB. «Querubincito mio; Ya te he recomen»dado al viejo hipopótamo de mi tio Ca»lleja.» Hipopótamo!

SILV. Dispense usted...esa no es...

AMB. Al contrario: esta es la que más me interesa. «Y consiente en colocarte en su oficina.»

SILV. Ya vé usted que...

AMB. Silencio. «Te espero esta noche en la In-

fantil, segunda funcion. Alli te diré lo que has de hacer. Tu tortolita enamorada—Corina.»

SILV. Pero si...

AMB. Conque tú eres su que...ru...bin...ci...to? Conque ella es tu tortolilla enamorada?..

SILV. Pero caballero...

AMB. Silencio, imbécil!

SILV. Tal insulto es opuesto á las leyes de la caballería.

AMB. Aqui no hay más caballería que usted.

SILV. Me dá miedo este hombre.

AMB. Yo quiero beber tu sangre.

SILV. Ahora no; le haría á usted daño...debo tenerla negra,

AMB. Uno de los dos está de más en el mundo.

SILV. Pues entonces usted que es el más viejo.

AMB. Nos batiremos á muerte.

SILV. (Qué bárbaro!)

AMB. A ver! Hola! Qué traigan esas armas! (Gritando.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, BERNARDO, CRISTINA.

BERN. Aqui están. La carabina de Ambrosio.

CRIST. Y la espada de Bernardo.

AMB. Elija usted. Yo elijo la carabina (Apunta á Silvestre.)

SILV. Socorro! favor! que me matan. (Corre asustado.)

AMB. No te escaparás!

CRIST. Por Dios, don Ambrosio.

BERN. Pero esto vá de veras?

AMB. Qué si vá de verás? Oye y juzga. En primer lugar...tome usted sus dos cartas, (A Cristina.) y además esta otra. (Una tercera.

BERN. De mi mujer?

AMB. No, de Corina.

CRIST. Aún andamos á vueltas con Corina?

AMB. Ah! lo que es ahora le juro que he de

vengarme. Oh qué idea! (A Silvestre con acento amable.) Vamos, deme usted la mano y pelillos á la mar.

SILV. No se acerque usted á mi, ó chillo.

AMB. Cómo? No quiere usted que me acerque cuando le han recomendado al señor Calleja?

SILV. Si...pero no entiendo.

AMB. Pues bien, caballerito: sépase quien es Calleja: Calleja soy yo.

SILV. Usted?

AMB. Si señor: yo soy el hipopótamo.

SILV. El tio de Corina?

AMB. Corina es una sobrina de pega, y que me la pega con usted...

BERN. De modo que en este asunto tú eres el descalabrado y él...

CRIST. Quien se pone la venda. Y apropósito ¿Qué tiene usted en ese ojo?

SILV. Nada, señora: fué la fuerte impresion que me causó su última carta. Tuvo usted tan buen tino al arrojarla que vino como pedrada en ojo de boticario.

AMB. Ea! para que usted se convenza de que no le guardo rencor, le coloco desde mañana en mi oficina con el sueldo de doce duros...

SILV. Diarios?

AMB. No, por ahora ya te contentarás con dos pesetas.

Música final.

CRIST. Aguinaldo os pido aqni,
y un aplauso espero ya;
si me haceis asi...asi... *(Palmas.)*
Ay! qué gusto me darà!

TODOS. Dulces cual turron,
ò cual mazapan
los aplausos son
que al artista dán.

FIN DE LA ZARZUELA.

Precio **CUATRO** reales.